



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II. PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana, Octubre 15 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR. Núm. 49
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

SUMARIO:

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Cuatro meses de campaña, por Juan de Austria.—La sartén por el mango, por Juan Perez.—El susodicho regordete, por Juan de las Viñas.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Las casas de alquiler, por Juana de Arco.—Cuentos de manigua: Las dos barajas: (continuacion), por Juan Sin-Tierra.—Al insigne presidente de la República de Venezuela (poesía), por Juan el Feo.—Sartenazos.—Advertencias.
Caricaturas, por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Nos quedamos la semana anterior esperando la grande ola; esa ola inmensa que nos habia de tragar con todo el aparato requerido por el argumento.

Era cosa resuelta la venida de esa mole destructora: así se habia acordado en consejo de ministros del rey de las aguas, Sr. D. Neptuno... (se ignora el apellido), se publicó el decreto en la Gaceta oficial de aquellos paises; se hicieron grandes preparativos, almacenando asombrosas cantidades de agua salada, para el momento dado, y un activo corresponsal le escribió la noticia á cierto sábio de Nueva-Orleans, si no me equivoco, y este nos la transmitió en confianza y con tanta reserva, que si ahora mismo le preguntan ustedes algo sobre el particular á la farola del Morro, estoy seguro de que nada puede responder, porque nada sabe. El rumor ha quedado circunscrito en la poblacion á los de la tierra y los forasteros.

Pero sin saber por qué y sin fijar el acostumbrado anuncio de que se suspende el espectáculo por indisposicion de un actor y con permiso de la autoridad, la ola no ha venido; salva la opinion del dueño de los baños de Romaguera y del Sr. Ruiz Zorrilla, porque con ola ó sin ella, los baños y el ministerio que este presidia, son las dos cosas que se ha llevado la corriente.

Ciento veintitres padres de la patria han opinado que vendria perfectamente un cambio de ministerio para dar variedad á la escena, porque de esas novedades se ven pocas en España, y, francamente, estar leyendo una mismas firmas al pie de los decretos por espacio de dos meses y medio, es una cosa que aburre.

El gabinete Ruiz Zorrilla ha sido arrastrado por la ola, pero nos ha dejado señales imperecederas de su paso por el mundo.

Recordemos si nó. Ha sostenido el orden público sin alardes de fuerza, y eso que al revolver de la esquina se encontraban los carlistas uniformados de nuevo con blusas azules, ribeteadas de colorado, y boinas de rechupete. D. Carlos estaba en Bayona, tan en secreto, que no hablaban de ello mas que todos los periódicos de Europa, y Necedal, disfrazado de canónigo, contaba y recontaba las tersas huestes, mientras Manterola, disfrazado de ama de cria, llevaba sin cesar al joven

monarca *por aficion*, noticias detalladas de todo.

Prosigamos con las cosas del ministerio.

Ha dado una amplia amnistía que acabó de desorganizar á los carlistas.

Ha realizado un empréstito, excediendo en mucho la cantidad suscrita á la reclamada.

Ha cumplido fielmente la ley.

No ha removido un solo empleado, matando las aspiraciones de la empleomanía, que es el tiburón que se traga la consecuencia política en España.

Y, principalmente, ha organizado una expedicion de diez mil hombres para esta Isla.

No soy amigo declarado de estos, ni de los otros, ni de los de más allá, pero cuando veo realizadas cosas buenas, me gusta aplaudir.

En el nuevo gabinete hay personas tan versadas en los asuntos de Cuba como el digno general Malmcampo y D. Eduardo Alonso Colmenares; nombres que son una garantia de acierto en la política ultramarina.

JUAN PALOMO prepara el boceto á la pluma del bizarro Marqués de San Rafael, y lo trasnitará al respetable público, con la fina voluntad que tiene acreditada.

Pero con esto de la ola, el telégrafo submarino se permite dar á ustedes algunos camelos, que no están en el orden.

Dijo, ó lo interpretaron así, que Pierrad habia sido nombrado Capitan General de Madrid, y fué bastante para que la gente de nervios levantiscos se asustase, que otros se alarmasen *con premeditacion y alevosía*, y que los cavilosos se hayan vuelto tarumbas discurriendo cómo se ha operado ese rápido cambio, para que el famoso general republicano pase instantáneamente desde la cárcel á tan elevado puesto. Pues ahí verá V.! Resulta que ha sido una *violonada*, como decimos los académicos... de baile. El Capitan General de Madrid no es Pierrad sino Pieltain, subsecretario que fué del ministerio de la guerra con el Duque de la Torre.

Y si nó, vivir para ver.

Tambien habló el telégrafo de *Angelo*, y aunque no dejaba de sorprendernos ver al *tirano de Pádua* de ministro de Hacienda, todos lo creimos de buena fé.

Luego dijo que era Angulo de Santiago, para quedar al fin don Santiago Angulo, acaudalada persona de la Côte y concejal de su ayuntamiento, si no estoy equivocado.

Y venga ó no venga esa dichosa ola, lo cierto es que ha pasado por encima de los bandoleros que capitanea Vicente García, dejándolos cubiertos de fango y de ignominia, una vez más.

Aníbal Monroy es ya un nuevo nombre ilustre

para la historia de nuestra patria. El bravo alférez de catalanes que con diez y ocho hombres ha defendido heroicamente el fuerte de Yara, tiene en ese día memorable un hecho glorioso que debo consignar aquí.

Cubria la fortaleza un techo de guano: los insurrectos arrojaban á él aguarrás, petróleo y esas otras cosas que están hoy están tan en moda, con el objeto de incendiarlo. Aníbal Monroy comprendió el peligro que corrian sus valientes soldados si los traidores lograban su intento, y subiéndose á lo más alto, á pecho descubierto y entre una lluvia de balas, desarmó la cubierta de guano y la arrojó fuera del edificio, librando á este de un incendio casi seguro.

JUAN PALOMO se quita la gorra ante el esforzado alférez Monroy para saludarle con el respeto que se saluda á los valientes patriotas.

¡Hola! hola!

Digo *hola* con *hache*; de manera que no hay motivo de alarma.

¡Hola! exclamo lleno de asombro al ver la extraña coincidencia de que en los momentos de estar-se reuniendo aquí una suscripcion tan oportuna como espontánea para satisfacer la multa de quinientos pesos que ha sido impuesta á la redaccion de *El Correo de las Antillas*, por llamar filibustero á Azcárate; se ha recibido la noticia de que ese prójimo de *doublé* se ha declarado abiertamente filibustero en su famoso periódico.

Seguro estoy de que, en vista de esto, el papel sellado en que se escribió la sentencia contra los de *El Correo de las Antillas*, se ha puesto rojo de vergüenza, y que á estas horas los quinientos pesos consabidos están confusos buscando un medio decente y disimulado de volverse al bolsillo de sus antiguos dueños, diciendo:

—Nos han engañado! se abusó de nuestro candor y de nuestra inocencia! ¡Qué horror!

¡Hola, hola! —Pero *hola* con *hache*; no crean ustedes que se acerca el gran chapuz.

Se anuncia un nuevo manifiesto de doña Isabel de Borbon á los españoles.

Ahora sí que creo de veras que viene la grande ola.

Nos dirá en este escrito que desde que *renunció* á nuestro amor, no hemos hecho buenas digestiones, ni hemos dormido bien, ni nada.

Ya verá usted como nos convence de que no podemos vivir sin ella, de que estamos huérfanos.

Respetemos sus dolores, sí, pero en mútua correspondencia, que respete ella nuestra *orfandad*, y no trate de alterarla.

Porque entonces sí que vendria la ola grande, con el permiso de ustedes.

¡Hola, hola!

JUAN PALOMO.

Ayuntamiento de Madrid

CUATRO MESES DE CAMPAÑA.

En los momentos en que vá á emprenderse la última campaña contra los mermados restos de la insurrección; cuando nuestras bizarras tropas, libres ya de los inconvenientes que presenta la estación canicular y reemplazadas las bajas con el contingente que nos envía la Madre Patria, van á dar el ataque decisivo á las hordas incendiarias, es natural que la opinión pública ansíe conocer el verdadero estado del país, los adelantos que en su pacificación se hayan hecho y el rádio en que puede moverse el núcleo principal de la rebelión.

JUAN PALOMO, que procura tomarle el pulso de continuo á la opinión pública para satisfacer sus deseos, á lo ménos hasta donde sus fuerzas se lo permitan, ha hecho indagaciones, ha pedido datos, ha consultado á personas competentes, ha recibido cartas de sus excelentes correspondientes, y puede hoy facilitar algunas noticias circunstanciadas que den una idea general de la situación y lleven á los ánimos el convencimiento de que el Excmo. Sr. Conde de Valmaseda vá obteniendo los resultados que se propuso en su plan de campaña, trazado con la experiencia y el conocimiento exacto del terreno que todo el mundo reconoce en el general Villate.

Al hacerse cargo éste del mando superior de la Isla, apoyaba su cabeza la insurrección en la Ciénaga de Zapata y Ensenada de Cochinos, extendiéndose hasta el Departamento Oriental, con intervalos de mayor ó menor fuerza, pero sosteniendo la comunicación entre sí los rebeldes. Y no porque aquellas posiciones estuviesen ocupadas por el menor número de estos, tenían escasa importancia: al contrario, un puñado de hombres en la Ciénaga de Zapata y en la Ensenada de Cochinos, debían llamar, por el pronto, mucho más la atención de la autoridad que el grueso de las partidas en los ya devastados campos del Camagüey. Porque la Ciénaga y la Ensenada, sirviendo de guaridas á los insurrectos, eran una amenaza constante á la riqueza de las jurisdicciones de Colon, Matanzas y parte de Cienfuegos, cuyas fincas tenían orden de destruir, debiendo empezar los incendios, según las instrucciones de Cavada, el 5 de Enero.

De llevarse á cabo este plan vandálico, la causa española hubiera sufrido un golpe terrible y hubiera tenido que luchar con nuevas complicaciones que retardasen la pacificación. Así lo comprendió el Conde de Valmaseda con su certero golpe de vista, y dirigió sus primeros actos á evitar ese peligro, á desembarazarse de esa amenazadora vanguardia de la insurrección, á ganar la principal batalla, salvando la propiedad en las más ricas jurisdicciones de la Isla.

El peligro se conjuró, con tal suerte, que no fué preciso disparar un tiro ni causar una víctima: como resultado de la comisión confiada por el Capitan General al comandante Aragon, se presentaron los cabecillas Rodríguez, Dámaso Madruga y Jesus del Sol con toda su gente, quedando limpias de enemigos la Ciénaga y la Ensenada, que tan excelente abrigo les habia dado por mucho tiempo.

El general Valmaseda reconcentró entónces su atención en las Cinco Villas. Se mandaron á ellas los mayores refuerzos posibles: dictó la Autoridad Superior sus instrucciones al Brigadier Portillo, y fueron secundadas por éste con tal acierto y decisión, que el Capitan General lo felicitó por telégrafo. Avanzaron tres batallones hácia las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Moron, y siempre barriendo el terreno desde estos puestos, llegaron las fuerzas á la línea del Júcaro, donde fijaron su planta, estableciendo la Trocha militar, que es una barrera insuperable para los rebeldes. Treinta combates sostenidos contra los que intentaban forzarla, la herida de Villamil, la muerte de Callejas, y la retirada hácia el Departamento Central de todos los cabecillas que á su frente se encontraban y á los que habian ido empujando nuestras tropas desde las Villas y Sancti-Spíritus, prueban el acierto con que este punto estratégico fué elegido y los magníficos resultados que está dando.

Desde la Trocha acá no existe insurrección propiamente dicha: quedan solamente algunos dispersos salteadores, dispuestos á vivir del merodeo, mientras que encuentren refugio en las fragosidades del terreno, pero están completamente aislados de las principales partidas y no pueden, por lo tanto, obedecer á ningún plan combinado. La pacificación, pues, de aquel territorio es ya un hecho.

El pensamiento del Conde de Valmaseda era

avanzar siempre, haciendo que las tropas dejaran limpio el terreno á su espalda. El activo General se trasladó á la costa Sur, y dirigiendo desde ella por sí mismo las operaciones, hizo adelantar cuatro batallones sobre Puerto-Príncipe. Este movimiento, perfectamente combinado, produjo la presentación de las principales personas del Camagüey, que aún permanecían en los campos y en los que, desde este momento, se encontraron poco seguras.

Pasó á Puerto-Príncipe la Autoridad Superior con objeto de dirigir los movimientos de las tropas, destacando, después de batido aquel territorio, ocho batallones con dirección á las Tunas, hácia cuya jurisdicción se habian corrido las fuerzas enemigas arrastradas por el empuje de nuestros soldados.

Otro punto de apoyo, que impida retroceder á los rebeldes, se ha fijado entre Puerto-Príncipe y Las Tunas, y á imitación de la Trocha del Júcaro, una nueva línea militar corta la isla de Norte á Sur, desde Nuevas-Grandes al Jobabo. El mando de esa línea está dividido entre los Brigadieres Morales de los Ríos y Velasco, teniendo á su cargo, el primero desde Nuevas-Grandes á Guáimaro, y el segundo desde este punto al Jobabo.

Y aquí llegamos en la última expedición del Conde de Valmaseda á la costa Sur. Unas veces en unos puntos y otras en otros, dirigió el movimiento de avance, haciendo caer sobre Las Tunas fuerzas de la línea del Jobabo, que atacaron en los montes de Santa Rita, Salvial, Rompe y otros varios puntos, todas las partidas que capitanea Vicente García y las cuales servían de amparo á la Presidencia, que se vió tres veces atacada y huyó hácia la jurisdicción de Manzanillo, dejando en poder de las columnas españolas, sus libros, sellos, documentos y hasta los retratos de la mujer de Céspedes.

Este movimiento simultáneo causó al enemigo doscientos muertos y triple número de heridos, dejando casi limpio el territorio de Las Tunas, pues las principales partidas incendiarias pasaron el Cauto por los puntos más cenagosos, refugiándose en los montes de la jurisdicción de Manzanillo.

El gran resultado obtenido con estos movimientos de avance se comprende con solo ver que Salomé Hernandez, que tuvo el campo de sus fechorías en las Villas, que después de hacerlo correrse hácia el Oriente y de cortarle el paso con la Trocha, permaneció frente á ésta, amenazando forzarla, ahora se ha refugiado en la jurisdicción de Manzanillo con el invisible Presidente y todos los principales cabecillas. Las distancias se han estrechado considerablemente para los enemigos de España, que solo pueden ya moverse en un círculo relativamente muy pequeño.

Por eso han querido ensayar sus actos de vandalismo en el punto donde los tienen acorralados nuestras columnas, y simulando un ataque sobre el Boqueron, Naranjo y el Humilladero, cayeron todas las partidas reunidas, sobre Yara, defendido sólo por 19 soldados catalanes. Apesar de ser tan reducida la guarnición, no lograron tomar el fuerte, ni pudieron incendiar más que diez y ocho casas del poblado y los ranchos de vara en tierra. Refugiados los vecinos en la fortaleza, se batieron junto á la tropa denodadamente, hasta hacer huir á los cobardes enemigos.

El Capitan General llevó al día siguiente dos batallones más á la jurisdicción de Manzanillo, los cuales pondrán coto á los desmanes de los bandidos.

Este es el verdadero estado del país. Como se vé, la insurrección está en su mayor período de decadencia, por más que quiera aparentar esfuerzos tan desesperados como los de Jiguaní y Yara.

Al abrigo de esas dos grandes barreras militares, del Júcaro y Jobabo, ha empezado la reconstrucción del país; la agricultura presenta síntomas de vida y la repoblación avanza, reconcentrándose en los nuevos poblados las familias que estaban diseminadas por los campos.

JUAN PALOMO está reuniendo datos para dar una idea á sus lectores de esa reconstitución del país, que se deberá al excelente plan del Conde de Valmaseda, cuyos trabajos en esta materia nunca serán bastantemente elogiados.

Muy ligeramente quedan señalados en este artículo los resultados obtenidos en la campaña brillantemente empezada y proseguida por el digno general en quien puso su confianza el pueblo leal de Cuba desde los primeros días de la insurrección.

JUAN DE AUSTRIA.

LA SARTEN POR EL MANGO.

Ay! si yo la tuviera!

Porque no hay cosas como tener la sarten de todas las situaciones de la vida por el mango de la ocasión, para reirse uno del mundo y sus arrabales.

Desde que tuve lo que se llama uso de razón, oigo ponderar constantemente la utilidad que reporta el sencillo procedimiento de agarrar el mango de la sarten y tenerlo firme; lo que ménos se necesita es talento para llevar á cabo esa operación, y sin embargo, ¡cuán pocos son los seres atortunados que lo consiguen! Ya se vé; el que ha logrado una vez echar mano á la sarten por el rabo, no lo suelta tres tirones.

Yo también, cediendo al general deseo, quise probar fortuna, y al efecto me hice pinche en la cocina de JUAN PALOMO, pero me fastidió; sin tener ni la práctica ni la habilidad que se requieren para hacer la presa, cuando no pillaba la sarten por donde tizna, la cogía por donde quema; así estoy de escaldado.

Decididamente el mango de la sarten *no está para mí*, como decia el marqués de San Estéban hablando de cosas que no tienen rabo.

Si queremos conocer á los felices prógimos que sujetan la sarten por donde conviene, no tenemos más que fijarnos en la actos de su vida... pública, porque los de la privada nos son de ajena incumbencia, según está hábilmente probado por eruditos jurisconsultos.

El primer cocinero que, armado del susodicho chisme, se me viene en mientes es todo un emperador en activo servicio: Guillermo de Prusia, que tiene todavía sujeta á la Francia, y no haya miedo que la suelte en tanto no le suelten los reales convenidos como pago de su trabajo; después apoyará un tantico; más tarde cederá algunas pulgadas, pero con precaución suma, porque en el mango de la sarten francesa, que empuña con brio, están grabados los nombres de Alsacia y Lorena, y á estas no las suelta el tremendo Guillermo aunque lo peinen.

¿Quién no se ha alarmado con las probables consecuencias de la preponderancia prusiana? ¿Qué gobierno no ha sentido la necesidad de llamar al orden y echarle la escandalosa al afortunado hulano que así secuestra emperadores como provincias y se hace pagar su metralla á peso de oro?

Y sin embargo, ninguno se ha atrevido á decirle: "negros ojos tienes," porque ¡vaya usted á ténrselas tiesas con quien tiene la sarten por el mango!

Esto es tan claro como chocolate de hospital; con todo, el que lo quiera más claro que le eche agua.

D. Rafael de N. quiso ser diputado por Asturias, pongo por caso, y prometió á sus electores villas y Castillas; pero estos, un tanto escamados, le dijeron:

—Oiga usted; en primer lugar, Asturias ha sido dos veces cuna de la independencia española, y está dispuesta á serlo cada vez que se ofrezca; por tanto, necesita estar representada por un hombre leal. —Más que yo, ni Pelayo, dice don Rafael haciendo un *puchero*. ¡Pues bonito soy yo para andar en enjuagues!

—Bueno. Queremos protección para nuestros chorizos, que no los mejoran los de Extremadura.

—En cuanto yo sea diputado, los van ustedes á vender á cinco duros el par. De eso sí que me encargo yo.

—Deseamos también que la contribución no afecte á nuestros cosecheros, porque la cidra se está poniendo por un sentido con tantas socaías.

—¿Quién habla de contribuciones ni de consumos? Nómbrame esta circunscripción diputado, y les prometo que harán la cosecha de balde, y hasta que el gobierno les dé dinero encima. Pues no faltaría más, estando yo allí!

—Ea, muchachos, ya lo oyen ustedes, don Rafael *labra* nuestra fortuna y es leal, con que, arriba don Rafael!

Y don Rafael se encontró diputado. Tomó en el Congreso asiento y la palabra, que es cuanto se puede tomar allí, además de una sofocación, y hablando de chorizos y manzanas, pidió al gobierno que segregase indirectamente de la monarquía las provincias de Ultramar.

—Porque ya ustedes ven, dice el *leal* diputado, yo debo ser consecuente con mi programa. Vengo aquí á abogar por Asturias, y en efecto, defendiendo á

los traidores que á mil y tantas leguas se han alzado en armas contra España.

Al oír esto, los electores asturianos bufan de coraje, en todas partes se oye un clamor general contra el trapisondista diputado, pero este habla cada vez más gordo, y arrellanado en su banco, dice para su capote: *aquí me las den todas*.

Y tiene razón; don Rafael es todo un padre de la Patria, inviolable, inatacable é indiscutible; tiene además la sarten por el mango y se dá gusto.

Otro ejemplo: Saturnina es más fea que el pecado, y además, tiene malas mañas; pero su padre ha sabido hermosearla con medio millon de dote, al que debe la doncella las brillantes prendas que por fuera la adornan.

Hay un Saturnino que, prendado de las prendas de Saturnina, se resuelve á estrechar el vínculo, y guiado por este honesto pensamiento, vá, y coge y se la pide á su papá.

Concedido! Porque el papá de Saturnina es de aquellos que le gustan las gangas, aunque las paguen bien.

Pero hé aquí que Saturnino sabe en tiempo oportuno que la niña padece de ciertos arrebatos juveniles un tanto alarmantes, y, sobre todo, que no anda muy derecha. Averiguado el caso, se decide á ponerlo en conocimiento del papá.

—Señor, le dice, su bella y virtuosa hija me conviene, eso sí, pero he sabido, pues he creído ver que....

—Vamos ¿qué ha visto usted?

—He visto.... que no anda bien.

—Diablo! pues qué le pasa á Saturnina?

—Cojea.

—¡Ah! Eso es de familia; pero yo le pondré las dos piernas nuevas con mi medio millon, y no faltará otro Saturnino que entre por uvas.

—No prosiga usted! Aquí no cabe más Saturnino que yo, pecador arrepentido, dispuesto á romperle el alma al rival homónimo que usted se proporcione en mi reemplazo.

—Es decir que mi hija anda ya derecha?

—Más que un huso! pero yo no había caído en la cuenta.

—Pues bien, jóven incáuto y apreciable, usted se casará con ella, porque mejor que usted no se halla ni de lance.

Crean ustedes que Saturnino quedó convencido de que su prometida andaba con rectitud? Pues nó, señor; sólo que, cómo iba á contradecir á un señor tan respetable, que tenía la sarten del dote agarrada por el mango!

Vuelve ahora la vista, lector; ¿ves á ese viejecillo rechoncho y coloradote? Pues es don Froilan, mi vecino, abogado... contra las chinchas y juez de Paz, cargo que no le impide estar en perpétua guerra con su mujer.

Pero ¿qué mujer, lector, es mi señora doña Dorotea, esposa del aventurado don Froilan! Aquello no es mujer, es una epidemia. En lo físico, lo mejor que tiene es la nariz, y eso que es chata. En lo moral.... Nó, lo moral de doña Dorotea pertenece exclusivamente á su legítimo consorte.

Ella es la única que en la casa alza el gallo; ella la que maneja el dinero de su marido, y á su marido hasta hacerle sudar tinta.

Ella la que tira, gasta y derrocha, y luego contrae deudas, que paga su sócio suspirando sin atreverse á murmurar.

Y si nó que murmure; para llevar cada arañazo que le llegue al hueso no es menester más.

No hay en el mundo marido más asendereado que mi vecino don Froilan; y eso que al pobre se le caen los calzones de puro hombre de bien.

Doña Dorotea posee un talisman del que se sirve hasta el abuso para tiranizar á su infeliz marido; este tuvo la debilidad de confesarle que no puede vivir sin cenar, porque vé visiones si se acuesta con el estómago vacío, y esto ha bastado para consumir su eterna perdición.

Porque el desgraciado por lo regular, se queda con las ganas lo ménos cuatro noches de cada siete, que se las pasa viendo las consabidas visiones, y dándose á todos los diablos.

Allá vá ese trozo de un diálogo que pesqué al vuelo:

—Froilan, te iba á pedir doce onzas, pero no me des más que la mitad; te regalo seis.

D. Froilan se extremece de horror, porque esa petición hecha precisamente á la hora de cenar, es un indicio funesto.

—Déjalo para mañana, mujer.

—Nó; las quiero ahora.

—¡Ahora! y ¿para qué?

—Para lo que me dá la gana.

—Gracias por tu finura; pero, hija, es el caso que como no las quieras de jalapa....

—Es decir, que me las niegas?

—Mira, Dorotea, déjame el alma quieta y dame de cenar.

—¿No me las das?

—Pero, hijita....

—Cállate! ¿Nó?

D. Froilan, al que le han mandado callar, dice que nó, por señas.

—Pues bien, dice su esposa, esta noche vas á cenar rejalgando.

—¡Alabado sea Dios! exclama consternado el juez de Paz. Pero, Dorotea, alma mía....

—A la otra puerta.

—¡Basta! Toma el dinero, pero no me expongas á ver más visiones!

Como se vé, doña Dorotea se ha hecho dueña de la situación. Aquí la sarten es don Froilan, y ella la que la tiene sujeta por el mango.

Y tú mismo, lector; si te enoja este articulejo y echas pestes de mí, tendré que conformarme. Tu opinión es legítima, porque te cuesta el dinero; y el vil metal es el mejor mango que pueden tener todas las sartenes del mundo.

JUAN PEREZ.

EL SUSODICHO REGORDETE.

No podrá decirse del *ciudadano* Ramon Céspedes que ha salido de la manigua como el gallo de Moron, sia plumas y cacareando, pues lo que es pluma.... ya, ya! La tiene fuerte, gorda y parlanchina. A todas horas del día y de la noche, por los puntos de la susodicha pluma está chorreando un artículo, en el que el hombre regordete llora, patea, pide, suspira y dá pellizcos á sus comilitones.

La República se encarga de publicar esos artículos y de no pagarle al impresor; yo me encargo de leerlos, aunque no llegue á comprender lo que dicen, y ustedes, respetables lectores, se encargarán de llamar tonto al autor.

El autor es, nada ménos, aquel imperturbable regordete, hijo de los peligros, que huyendo de su papá llegó á las orillas de marras.... ¿ya saben ustedes?... pero no como náufrago que ansia reposar, sino como un simple mambí ó mambí simple que desea verse libre de berengenes.

El último artículo del hombre de las orillas y que no es náufrago, se llama *Ideas*—¡ayúdeme usted á sentir!—lo mismo que hay sujetos que se llaman de apellido Rico, sin tener una peseta.

Con ideas ó sin ellas, regordete ó no regordete, náufrago ó no náufrago, Céspedes trata de probar en el escrito (que La República no ha pagado aún al impresor) lo que ustedes van á oír.

Aquí vendría bien un poquito de música tierna, como en las zarzuelas cuando se preparan á decir lo mejor del diálogo.

Pues quiere demostrar lo siguiente:

Que los hombres que se lanzaron el 10 de Octubre envueltos en los colores bellísimos de su bandera, saben morir.

Que no todos los susodichos hombres son capaces de aceptar sacrificios, porque no todos perciben lo grande, ni es la patria para ellos el bien común.

Que muriendo los hombres por ligar sus vidas á la vida de un pueblo, es eternizarse.

Que después de tres años que se lucha en la manigua ¡dolor dá decirlo! exclama—no sé si será dolor de muelas—aún hay hombres que ignoran completamente lo que significa el berengenal en que se han metido.

Y que (esto es lo que más me gusta) los *sinsones* eternos han dado muy mal resultado en la *insurrección*.—“Yo no soy cantor, dice el ex-náufrago regordete, de *oh! dulce patria mía!* para huir luego, en la época de los peligros y de las tribulaciones, de la *espesura esmeraldina de los bosques*, abandonando las tan cantadas *palmeras y embalsamadas brisas*....

¡Arpas y cencerros, laudes y zambombas, guitarras y violines, liras y bandurrias de los cantores sinsontiles, llorad vuestra deshonra, proclamada por el primo del *Presidente*, por el que no quiere ser náufrago aunque lo emplumen, al llegará aquellas orillas.... que ya constan en autos!

Examinemos por partes las declaraciones del articulista.

La primera, la de que los *ciudadanos* de Yara saben morir, me parece que no tiene nada de particular. Hombres tontos, muy tontos he visto yo, que cuando les ha llegado la hora han sabido morirse lo mismo que el sábio más sábio de la tierra. De modo que no tenían necesidad de hacer tanto desatino como han hecho desde aquel 10 de Octubre acá, para probarnos lo que sabíamos de memoria.

Para morirse no se necesita gran talento: la habilidad consiste en saber vivir sobre el país, y en eso tratan de ejercitarse el primo del regordete y sus amigos.

Pero si es fácil saber morirse, no lo es tanto saber andar envueltos en bellísimos colores. En la capa se envuelve cualquiera, pero en un color..... tiene tres pares de perendengues!

El autor del artículo anda hace ya bastante tiempo envuelto en *lila*.

El segundo punto; aquel del que no todos los insurrectos son capaces de aceptar sacrificios, ¿qué le vamos á hacer? yo los creía capaces de aceptar cualquiera cosa, aunque fuese un puntapié en parte blanda, pero parece que no es así, según asegura el primo más sábio, más primo..... tampoco es eso—el primo del hombre más sábio de la manigua. ¡Ajaja! acerté al cabo.

Eso de morirse los hombres por ligar sus vidas es más grave de lo que á primera vista parece. He oído hablar de uno que se brindaba á sustituir á los condenados á muerte para *ganarse la vida*, pero eso de morirse para ligarla, es cosa que necesita mucha meditacion, mucha pausa y mucho intríngulis para llegar á comprenderla.

Meditemos, pues.... otro poquito más.—Sigan ustedes meditando hasta que yo les avise ó se logre averiguar de una manera positiva si el hombre regordete era ó no era náufrago al llegar á las orillas aquellas..... de las que ya debes tener, oh público respetable, alguna noticia.

Pero un artículo escrito por Ramon Céspedes, é impreso y no pagada la impresion, por La República, no puede acabar como todos los artículos escritos por simples mortales. Es preciso que el último rasgo desuelle, digo, descuelle, sobre todos los demás y produzca sensacion en la generacion presente y en cinco de las venideras: es preciso que el mundo se conmueva, como si fuese un señorito á quien pidan un par de onzas.

De ese modo acaba el artículo *Ideas*, que tanto ha hecho llorar á la humanidad entera, y muy particularmente al impresor, que aún no ha visto aquel pico que le adeuda La República.

Voy á copiar las mismas palabras del señor de Ramon. Vacúnense ustedes ántes de leerlas, para evitar los estragos que puede producir la revolucion de la sangre.

Allá van:

“Envíemos á Cuba, dice, más consuelo para aquellos titanes que escalarían el cielo si hubiese para nuestros enemigos un lugar reservado en aquella mansion de los justos.”

¡Lloremos, lloremos!

En primer lugar, el náufrago regordete ha conseguido averiguar, sin duda por alguna carta que ha recibido de allá arriba, que no tenemos ningun lugar reservado en el cielo.

En segundo lugar, *esos titanes* no quieren ir al cielo más que para encontrarse con nosotros.

Ah! de buena nos hemos escapado con no haber para nosotros sitio en la mansion de los justos, según asegura con conocimiento de causa el entendido, sublime, ex-náufrago y ex-jóven primo del *Presidente*.

Porque en la tierra estamos seguros, los mambises no nos buscan en ella, pero si subiéramos al cielo, entonces sería ella.

Ya lo sabeis, espoñoles: si alguno de vosotros tenia escrúpulos de *aporrear* á un mambí ó á un laborante por temor de perder un puesto en la mansion de los justos, pegadle sin consideracion ninguna, pues ya sabemos que se nos han cerrado las puertas del cielo, por orden de su excelencia el ministro de relaciones exteriores de Cubita Libre, hombre regordete y náufrago *dimisionario*.

JUAN DE LAS VIÑAS.

¡Me horrorizo!

En un pueblo de España han apaleado al alcalde, gritando:

“Viva la república federal hermosa!”

Digo, y eso que es hermosa; si llega á ser fea, se comen crudo al pobre alcalde.

ANIVERSARIO DEL REBUZNO DE YARA.



Quemar unos cuantos bohios, asesinar mujeres, niños y ancianos indefensos. He aquí la digna celebración del aniversario del digno grito de Yara.



—Lo de Francia nos salió bastante bien. ¿No podríamos ensayar lo mismo con esa señora? —Es que para llegar hasta allá tenemos que echarnos al agua y hay una canción que dice:
"No enseñen en la playa—la pantorrilla,
que hay muchos tiburones—junto á la orilla."

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 28 DE SETIEMBRE.

*Tantas idas y venidas,
tantas vueltas y revueltas,
quiero, amiga, que me diga,
¿son de alguna utilidad?*

El perincito Manolo parece una lanzadera; de la manigua nos vino; de aquí se marchó á Inglaterra; de Inglaterra fué á París; de París volvió á esta tierra; desapareció después y apareció en Venezuela; hace poco ha regresado por Kingston, con Aguilera; más tarde marchó á Nassau para ir á ver á su suegra; no han pasado tres semanas y cátao ya de vuelta, y así de un lugar á otro, y andando de Ceca en Meca, se van pasando los días de su preciosa existencia, sin que vuelva á la manigua, cumpliendo así sus promesas. "Por todas partes á Roma se vá," decía mi abuela; pero Manolo ha pasado cerca, cerquita, muy cerca, de Cuba Libre, y no obstante, pasó de largo, y en ella no puso los piés, sin duda porque es muy corta y estrecha y no hay bastante lugar para sus largas carreras. El hombre que necesita para ir á estirar las piernas todo el local comprendido de París á Venezuela, el que corre como un gamo y más que una mala nueva, y de correr no se corre, y cuando no corre, vuela; en Cuba Libre no se halla, y es pequeña la Isla entera para lucir con ventaja Manolo su ligereza. En Nueva York hay un hombre, Robert Bonner por más señas, que tiene un caballo, *Dexter*, invencible en la carrera. Cien mil pesos ha ofrecido al que presente otra bestia que deje á *Dexter* en zaga, bien sea caballo ó yegua, viejo ó joven, alto ó bajo, de raza árabe ó inglesa, ¿Y una oferta tan magnífica dejará perder la Agencia; una ocasión tan preciosa desperdiciará Aguilera, cuando Quesada les sobra y les faltan las pesetas? Del enemigo el consejo siga el buen Panchito, y venda á Quesada, pues de fijo que una vez Bonner lo vea marchar al trote, al galope y á escape tendido, suelta cien mil pesos sin mirar si la bestia es ó nó aviesa, ni si tiene esparavanes, ni muermo ni otras dolencias. Cien mil duros por Quesada es una chiripa inmensa, pues se ganan cien mil duros y se pierden cien mil penas, que es sacar doscientos mil beneficios de la venta. Con que, á la mar los escrúpulos, don Pancho, y venda una pieza, ántes no ponga por obra lo que taimado proyecta, que es marcharse de New York otra vez á Venezuela, y enviar desde allí burros y otros pertrechos de guerra á Cuba Libre. Su objeto es ganar la Presidencia,

y pues que con un caballo, según la historia asevera, se ganó á Troya, con burros ganar á Cuba él intenta; que cuando de esos patriotas esté la Isla bien llena, allí marchará Quesada sin temor y sin cautela, y de fijo que los burros, al contemplarlo de cerca, con un rebuzno espantoso, (como el que en Yara aún resuena) lo proclaman Presidente de aquella gran Asamblea. Y dicen que Pepe de Armas del plagio á solas se queja, pues dice que el enviar burros para hacer la independencia y felicidad de Cuba, no es una idea tan nueva, porque él mismo la propuso tiempo atrás en hoja suelta, cuando excitó á los Junteros y á la emigración entera á embarcarse todos juntos y marchar á la pelea.

JOHN BULL.

LAS CASAS DE ALQUILER.

Cada vez que veo alguna persona que vá por las calles muy despacio, volviendo el rostro á todas partes y mirando con atención á las puertas cerradas, por ver si tienen el papel donde se anuncia que se alquilan, no puedo menos que exclamar: ¡pobres mártires de las casas de alquiler!

Tanto se quiere aprovechar el terreno, que se construyen dos casas donde apenas saldría una buena, por lo cual, casi todas las casas parecen corredores y tienen los cuartos ó habitaciones en fila, de modo que desde la calle se puede ver hasta la última pieza.

Esto no importa nada: en habiendo una sala medianamente buena, aunque el comedor sea estrecho, la alcoba más estrecha todavía y las habitaciones interiores pequeñas como celdas, ya está satisfecho el dueño, cuando piensa alquilarla, que si la construyere ó la hiciere construir para habitarla él, muy diferente sería el modelo.

Algunas veces el pátio, si lo tiene, es un callejón estrecho y oscuro, no visitado nunca por el sol; la cocina desaliñada, sin una tabla donde colocar las calderas y utensilios de cocina, con un mal fogón, sin lebrillo para fregar la loza ni nada que se asemeje á esas comodidades que tiene derecho á exigir todo inquilino que paga religiosamente lo que exige el dueño de la habitación que ocupa.

Si llueve, el agua entra por todas partes; es preciso cerrar herméticamente las puertas y ventanas, quedando en tinieblas, porque los vidrios es un lujo no permitido siempre en las casas de alquiler; algunas veces, casi siempre, no hay aldabas ni trancas para afianzar las puertas; todo está abandonado, mal concluido, sin comodidad alguna, porque ¡como es para alquilar!....

Cuánto os compadezco, criaturas desdichadas que habeis de vivir en esas casas!....

Días pasados quise acompañar á una amiga que iba á mudarse por estar cansada de soportar los mil inconvenientes de su morada, y nuevas peregrinas, empezamos á recorrer á la ventura las intransitables calles de esta culta ciudad de los Trópicos.

Vimos una casa con rótulo á la puerta y pedimos la llave para examinarla: no nos pareció mala, aunque distaba mucho de ser buena, y nos resolvimos á hablar con el dueño para tratar de su ajuste.

Aquel nos dijo que la casa ganaba tres onzas y media, y empezó á ponderar sus excelencias, invisibles para nosotras.

—Caballero, le dijo mi amiga, es demasiado grande la retribución que V. exige; las habitaciones son estrechas y oscuras: no tiene pátio, la cocina es muy húmeda, y me parece que cuando llueva caerán goteras, si juzgo por el techo, que está lleno de manchas.

—Y bien, señora, si no le agrada á V. la casa, no la tome.

—Es que estoy cansada de buscar y poco más ó menos todas son iguales.

—Antes ganaba cuatro onzas.

—Pero si no tiene cerraduras, ni aldabas; espero que V. las mandará poner al instante.

—Convenido, pero V. entregará el importe de un mes, adelantado.

—Cómo!.... nó, señor, eso es demasiado.

—Deje V., pues, la casa.

—Estoy fastidiada de buscar una buena: todas son iguales.

—Tómela, pues, repuso con mucha calma.

—Bien, pero no daré ni un centavo adelantado, —Entonces no puedo permitir que V. la alquile. Además, yo necesito un fiador.

—¡Oh santa paciencia!.... Conoce V. al señor D....?

—Nó, señora.

—Y al señor B....? á la señora H....?

—Sí; acepto.

Después de una hora de conversacion, se marchó ofreciendo que enviaria á poner trancas y vidrios en las ventanas; pero pasó un día y otro día y esto no se vió realizado: entre tanto, mi pobre amiga tiembla cuando vá á llover, porque todo son goteras, y el agua entra por debajo las puertas con entera comodidad; ha de poner los muebles detrás de las ventanas porque no hay con qué cerrarlas, y está expuesta continuamente á sufrir una inundación.

Por esta causa aconsejo, y aconseja tú tambien, JUAN PALOMO, á los que vivan en casas de alquiler, que lean á menudo el libro de Job, y así aprenderán á tener paciencia: que no se les ocurra la idea de mudarse para mejorar, porque saldrán de Scila para estrellarse en Caribdis y se verán expuestas á mil inconvenientes que seria prolijo enumerar.

Y si luego, al cambiar de morada, tienen que esperar e alumbrado veinte días, cual sucedió á mi pobre amiga, ni por más avisos que envían se hace sorda la empresa é infructuosamente dicen los inquilinos *haya luz*, porque esta no viene y reinan las tinieblas, recordarán el salvable aviso que les doy, á despecho de muchos á quienes oigo decir:

—¡Mejor fuera que esta marisabidilla se fuese á zurcir y á fregar!.....

JUANA DE ARCO.

CIENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XXII.

Fácil es comprender mi ansiedad en el momento que Adelina salió y me quedé sólo con su madre; y digo sólo, porque la presencia en la sala de don Gonzalo Casamayor era negativa, tanto porque estaba dormido, cuanto porque aún despierto, no se hubiera atrevido á terciar en la conversacion sin el permiso de su mujer. Afirmando á usted, amigo don Juan, que al encontrarme cara á cara con doña Casiana, tuve miedo, y aún viendo á la puerta una pareja de guardias civiles para librarme de las asechanzas de aquella mujer, no me hubiera creído seguro: ¡tal era el terror que la tuerca había llegado á inspirarme!

La madre de Adelina comprendió al momento mi situación, y con la sonrisa de un pérfido triunfo dibujada en los labios, me dijo:

—Mucho he sentido, señor Pacheco, los disgustos que entre los dos han mediado; disgustos que no han tenido más fundamento que la mala inteligencia en que ambos hemos estado de que no habíamos de comprendernos; pero el rostro de usted me anuncia ahora mi torpeza.

—Yo tambien lo siento, señora, porque debe usted conocer la satisfacción que me cabe de ver que entre nosotros reina la mayor armonía. Amo á Adelina.....

—¿La ama usted mucho?

—¡Con toda la efusion de mi alma!

—¿De veras? me preguntó la tuerca en un tono que me pareció algo irónico, á pesar de la dulzura que afectaba en sus palabras.

—¿Lo duda usted, doña Casiana?

—No dudo; pero me conviene saber la intensidad de su cariño para entrar en materia.

—Deténgase usted un momento, le dije con calor, á reflexionar contra las contrariedades que he tenido que sufrir para sostener mis relaciones; ni el tiempo, ni la ausencia, ni la oposición de usted, ni el duelo con el joven Varona, me han hecho desistir, y no han amenguado el afecto que Adelina despertó en mi corazón.

—Todo es verdad; y oigo con viva emoción esas declaraciones que llenan de orgullo mi amor maternal; pero aún exijo más del hombre que ha de entrar en mi familia. Perdóne usted esto que parece una exigencia fuerte, y no es sino una consecuencia natural de la prevision que debe tener toda madre.

—Hable usted sin cuidado.

—¿Puedo hablar sin cuidado?

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, Pacheco: quiero que mi hija se case con un hombre que en todas las circunstancias de la vida, sean las que fueren, esté dispuesto á no abandonarla por nécias consideraciones sociales.

—No entiendo, señora, lo que pretende usted decirme con esas palabras.

—Ya me iré explicando. Quiero que el hombre que se haga digno de la mano de mi hija, piense como yo.

—¿Como usted piensa! Y ¿de qué modo piensa usted ahora?

—Es decir; que piense como Adelina, porque comprenderá usted fácilmente que una madre y su hija tienen siempre idénticos pensamientos.

—¿De qué se trata, doña Casiana? pregunté estremeciéndome tan fuertemente, que la tuerca me cogió por la mano para tranquilizar la agitación de que me hallaba poseído.

—Se trata, amigo mío, me contestó con apariencias de la mayor calma, de mirar por la felicidad de Adelina; y sólo hay una manera de conseguirla.

—Y ¿cuál es? exclamé, retirando mi mano de entre las de aquella serpiente.

—Tenga usted calma, porque sin ella no nos entenderemos.

—Hay tales reticencias en las frases de usted, que le suplico no me atormente con el misterio.

—Tenga usted calma, le repito, porque el negocio es delicado, y exige pensarlo un poco.

—Siga usted hablando.

—Debe usted saber, caballero Pacheco, que somos ricos y que no nos atrae la posición de usted, nada envidiable por cierto, lo digo con mi natural franqueza, para consentir en darle el nombre de yerno.

—Mi posición, señora, por nada la cambiaría; tengo amor á mi carrera, soy joven, y si Dios no me desampara, llegaré á donde llegan otros.

—Es que no quiero que llegue usted, amigo mío, observó doña Casiana acentuando sus palabras.

—¿No quiere usted que siga la carrera de las armas?

—Es muy gloriosa, no lo niego, señor Pacheco; la vida aventurera del militar no conviene á una pobre niña, que está educada en el amor de la familia y en la tranquilidad doméstica.

—A dónde vá usted á parar?

—Al objeto que me ha hecho provocar esta explicación. Repito que Gonzalo y yo somos bastante ricos y deseamos que nuestra hija se case con un hombre que se consagre á cuidar de nuestros intereses.

—¿Eso es imposible!

—¿Cá! es muy posible; y me prometo que se convencerá usted de la justicia de mi deseo.

—¿Quiere usted que dependa de la fortuna de mi mujer? ¿Eso no sería noble ni digno de un hombre bien nacido!

—Déjese usted de consideraciones pueriles, y escuche el consejo de una persona que tiene experiencia.

—Además, señora, la patria está en peligro; un soldado que estima en algo su honor, no puede hoy romper su espada y desertar de su bandera.

—¡Bah! ¡en quitándose de enmedio! murmuró la tuerca con un aplomo que me desconcertó.

—¿Quitarme de enmedio? exclamé, pasado el primer momento de sorpresa, poniéndome en pie como si me hubiera picado una víbora.

—Siéntese usted sin alterarse, añadió tirándome del brazo con esa suavidad irresistible de las mujeres.

—Es que.....

—Nada, nada; es preciso que medite usted acerca de su situación; y después.....

—No tengo que meditar; los sentimientos nobles obedecen siempre á los impulsos del corazón; y el mío se siente hoy atraído por la patria.

—¿La patria?..... La patria, amigo Félix, es la tierra que nos abre los brazos, que nos ofrece la felicidad....

—¡Nó! grité indignado.

—Hable usted un poco más bajo, joven. La patria para usted es Cuba, que....

—¿Cuba? le pregunté vivamente sorprendido de la palabra y del tono con que me hablaba.

—Sí; en mis tiempos era yo aficionada á la lectura de los libros españoles, y recuerdo que me gustaba mucho un drama titulado *El conde don Julian*. ¿Lo conoce usted por ventura?

—Nó, señora.

—Tuvo su época; en ese drama, para retratar su adhesión á Pelayo, dice el Conde este verso:

“Donde Pelayo está, la patria veo!”

—¿Y qué, señora?

—¿No encuentra usted el simil?

—Nó: ni quiero encontrarlo, porque ese Conde fué un traidor á su patria.

—¡Vamos, vamos! ¡siempre exageraciones! Como el Conde, tiene usted que decir, que donde está Adelina, verá la patria.

—Y Adelina ¿en dónde está?

—Hoy, me contestó riéndose, está aquí; pero mañana sabe Dios á dónde nos llevará la suerte, porque en la ciudad no hay que comer, y lo que es morir de hambre, será muy patriótico, pero no es muy agradable.

—En una palabra, exclamé impaciente: ¿qué quiere usted de mí, señora?

—Que deje usted en Puerto Príncipe esa espada, que pesa mucho, y nos siga al campo, en donde será feliz.

—¿Al campo? grité con los ojos inyectados de sangre y acariciando el pomo de aquella espada que, según doña Casiana, pesaba mucho.

—Al campo, donde lo pasaremos bien, mientras que aquí ya no hay recursos.

—¿Unirme á los rebeldes? ¡renegar de mi país! ¡desertar de mi bandera!.... ¿Ha perdido usted el juicio?

—Nó, por cierto; no se trata de renegar, sino de comer; si usted se decide á acompañarnos, allí verá claro, añadió la tuerca acercándose á mi oído; porque no hay que hacerse ilusiones: ¡esto se vá!

—¿Qué es lo que se vá? pregunté, dando un salto atrás que hizo rodar el sillón en que estaba sentado.

—¡Jesus! ¡qué viveza de génio! murmuró doña Casiana entre dientes y dirigiéndose á la ventana que daba á la calle para cerrarla.

—¿Qué haces? preguntó don Gonzalo, restregándose los ojos con la mayor calma, pues el ruido del sillón, al caer, le había despertado.

—Cerrar el paso á los malos aires que corren, porque los jóvenes son muy indiscretos, y cuando se acaloran con sus efervescencias patrióticas....

—Siento mucho, la interrumpí con entereza, haberme convencido de que eran ciertas las habillitas del pueblo acerca de esta casa y de una familia con la que hubiera querido estrechar relaciones eternas; pero ¡es imposible! ¡entre ustedes y yo hay un abismo!

—¿Un abismo? Será para usted; procure no caer en el que no vé, porque ese es el verdaderamente peligroso, observó doña Casiana siempre sonriéndose.

Don Gonzalo Casamayor había escondido la cabeza en el pecho y subido los hombros, como el que se dispone á sufrir resignado una paliza ó un aguacero; al ver aquella actitud tan poco digna en un hombre que desde luego abrigaba la traición, sentí impulsos de sacar la espada y atravesarlo; pero era el padre de Adelina, y su cuerpo tenía que ser sagrado para mí. No pudiendo acusar á aquellas personas que tan á las claras se presentaban á mis ojos sin careta, miré á la puerta para salir de la casa, y sin despedirme, di algunos pasos; pero al poner el pie en el umbral, me detuvo la voz de doña Casiana, diciendo:

—Pacheco, piénselo usted bien en todo el día de mañana.

—No necesito tiempo para pensar, señora, porque esa vacilación ofendería la nobleza de mi alma; y si otra persona se hubiera atrevido á hablarme en los términos que usted lo ha hecho, le cortaría la lengua.

—¡Ave María! dijo la tuerca sin alterarse en la apariencia, aunque sus venas se azulaban.

—¡Moriré defendiendo á España!

—Hace usted muy bien, amigo mío; pero esta vez sí que deseo que olvide usted hasta el apellido de mi familia.

—¡A Adelina nó!

—¡Já, já, repuso moviendo la cabeza; á ella antes que á nadie! Adelina no se casa con un español.

Di un rugido, y don Gonzalo marcó el espanto en su rostro; la única que permaneció impassible era doña Casiana.

—¡Lo veremos! exclamé con resolución, ganando la puerta. Cuando el fresco de la calle me hirió en la cara, respiré con libertad; ¡tenía en el corazón un nudo que me ahogaba!

(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.

AL INSIGNE PRESIDENTE

de la República de Venezuela.

¿Con que vos seís el padrino de la gentuza incivil, protector de expediciones que desembarcan aquí?

¿Con que es cierto que no hay forma de que salgais de un desliz sin que al momento os metáis en la enmarañada lid?

Tencis, D. Guzman, un génio y tal gana de reñir que es preciso que os escriba un romance agudo en i.

En esta preciosa Antilla, rica, próspera y feliz, donde reina la abundancia de que careceis ahí;

Donde existe siempre el orden, y aprendemos á vivir con el respeto á las leyes y con honra y gloria, en fin:

No queremos libertades

de las que gozais ahí, ni el régimen de gobierno que acabais de instituir.

No queremos que nos cubra el asqueroso mandil de esa tonta independencia que os hace tan infeliz.

La vida que aquí pasamos, esclavos como decís, vale más que vuestras glorias y libertad incivil.

A orillas del Almendares, que se desliza sutil, no hay por cierto el latrocinio que á orillas del Choroní.

No queremos los trofeos de vuestra lucha pueril, pues tranquilos trabajando en paz queremos vivir.

Dejaros de protecciones, que necesitais, en fin, para arreglar el cotarro de Venezuela infeliz.

Y si vuelve allá el cuatrero Quesada, insigne mambí, á pedirnos contra Cuba vuestra protección hostil,

decidle, D. Guzmancito, que la *Villa de Madrid*, la *Victoria* y la *Numancia* se disponen á salir,

para enseñar á los tunos, que no somos por aquí de los que estamos dispuestos á callarnos y sufrir;

y el tiempo que estais perdiendo en proteger con mal fin á pícaros redomados, emigrados por allí,

empleadlo, Presidente, al ménos en conseguir, tranquilidad para el pueblo que tan vilmente oprimís, y guardaros el pellejo cuando salgamos de aquí á enseñaros otro modo más decente de vivir.

Con que, lo dicho, y ¡alerta! mucho ojo por ahí, que ya se os ha puesto el agua muy cerca de la nariz.

(Manzanillo, 1871.)

JUAN EL FEO.

SARTENAZOS.

Ya se habla de la disolución de las Córtes.

¡Horror!

Y el intrépido Baldorioty de Castro y sus amigos ¿qué vá á ser de ellos?

Señores, ha habido una media sarracina en Puerto Rico, sólo para que esos sujetos hagan un viaje á Madrid y lleguen á la disolución! ¡Ayúdeme usted á sentir!

Si á lo ménos se disolviesen también ellos..... pero del todo! ¿me comprende usted?

* *

Ya ha empezado la reforma de la calzada de la Reina.

¡No podía ser otra cosa! Qué concepto hubieran formado de nosotros las *bufas* que han venido al teatro de Albisu si no hubiesen visto que nos ocupamos un poco de las calles? ¿Eh?

* *

Sáquenme ustedes de una duda.

Continuamente estamos leyendo noticias de desastres, como por ejemplo, el haber estallado la caldera de un vapor, pereciendo centenares de personas.

Digo yo—y esta es la duda que me tiene confuso—si Eva no hubiera comido la manzana en el paraíso, y fuésemos inmortales, como se asegura, qué le pasaría á esa gente que queda destrozada en la explosión de una caldera?

Tendría que seguir viviendo con un brazo por un lado, la abeza por otro y el estómago hecho una tortilla. ¿No es eso?

Al que dé una explicación satisfactoria se le regalará una proclama de Quesada y la carta de Adolfo Varona: como si dijéramos, ¡la mar!

¡Qué viva Aragón!

¡Qué viva!

Ha llegado la época del año en que se vuelven locos sus hijos; pero locos por la virgen del Pilar.

Después de haber gastado su pico serio para traer una preciosa imagen de plata, han celebrado su fiesta religiosa con las solemnidades acostumbradas de gran save la víspera, misa con una magnífica orquesta el día de la patrona y elocuente sermón por el Doctor Magistral de la Catedral Don Mariano Hernandez Guillen.

La concurrencia á estos dos actos ha sido numerosa y escogida, y esperamos no será menos en la procesion que se verificará esta tarde por las calles de Compostela, Riecla, Aguiar y Amargura y á las que asistirán tres compañías de distintos Batallones de Voluntarios, con sus correspondientes músicas. Pasemos á la parte profana.

A hora bastante avanzada de la noche del miércoles, recorrió varias calles, dando serenata á las primeras autoridades y distinguidos aragoneses que residen en esta Capital, una *ron-dalla* al estilo de Aragón.

Después de la fiesta del jueves, la mayoría de los concurrentes pasaron á la casa del Sr. Campillo, miembro de la Comision, que ha corrido con la compra de la imagen y festejos de este año, y allí, después del alegre *piscolabis* acostumbrado, se acordó transmitir un telégrama al Director del *Diario de Zaragoza*, concebido en estos términos:

“Los aragoneses residentes en la Isla de Cuba, al terminar la fiesta de su excelsa Patrona, saludan á sus hermanos en la siempre heroica con un ¡viva! á la Virgen del Pilar.”

Tambien quedó elegida la Comision que ha de entender en los festejos del año venidero, compuesta de los señores siguientes:

Presidente.—Sr. D. Francisco Feliciano Ibañez.

Vice-Presidente.—Sr. Dr. D. Mariano Hernandez Guillen.

Vocales: Sres. D. Manuel Bornio, D. Mariano Campos y D. Justo Bernal.

Secretario.—Sr. D. Ceferino Rivera.

Queda la parte estomacal.

Esta, tendrá lugar el domingo próximo, en el Carmelo, y en ella nos prometemos el rico cordero y el buen Cariñena, inseparables amigos de todo aragonés de pura sangre, con otros platos indispensables de la cocina aragonesa.

Y á su tiempo daremos cuenta de este festival bucólico-campestre, si nos lo permite la *chispa* que en honor de la *Pilarica* pensamos tomar.

¡Bravos marinos! Algunos valientes de la fragata de guerra *Gerona*, han concebido la idea de aumentar los fondos que se destinan á los inutilizados en campaña y á la ereccion de una estatua á Mendez Núñez, ofreciendo hoy domingo una corrida de toros en la plaza de Belascoain,

El *embullo* es grande y el objeto sagrado. Con que, caballeros ¡á los toros, á los toros! pero no saltar la barrera porque los vichos, según se nos asegura, embisten hasta á su sombra.

Desde nuestro próximo número empezaremos la publicacion de las *Cartas Teatrales* que un *Juan* de la cofradía dirigirá á otro *Juan* de Madrid.

Hoy nos limitaremos á decir, que desde que Albiu abrió su teatro, se han puesto en escena tres zarzuelas, *El Juramento*, *Jugar con fuego* y *El Relámpago*, en las cuales han abundado los espectadores, el calor, el acento catalan y los aplausos á las señoras Leonardi, Huerto y Castro.

Esta última, que se presentó por primera vez la noche del viernes en *El Relámpago*, después de haber sufrido la dolorosa pérdida de su esposo el señor Aznar, bajo de la compañía, tuvo momentos á su salida á la escena en que las lágrimas no la dejaban hablar, y comprendemos la ruda lucha que sostendría su corazón entre el dolor de que se hallaba poseída y el deber.

No obstante, repuesta algun tanto después de sus primeras amargas impresiones, estuvo á la altura de artista en que ya la oímos en la temporada anterior.

Carratalá ¡piramidal! y de los demás ya irá dando cuenta poco á poco el *Juan* encargado de escribir las *Cartas Teatrales*.

—¡Mire usted qué lástima! ¡Por un número no me ha caído el premio gordo!

—¿Qué número ha salido premiado?

—El 1.

—Tenia usted el 2?

—Nó, señor, no tenia ninguno.

—¡Ah!!!

Don Carlon de Borbon compró en Bayona un mono de colosales dimensiones, que le ha acompañado en su viaje á París.

El periódico que nos dá esta noticia dice que los carlistas

le dan tratamiento de alteza, y que á larga distancia mono y amo se confunden de tal manera, que no se sabe quién es el irracional, si el mono ó don Carlos.

Es lo que faltaba á la causa carlista.

No ha, mal que por bien no venga. Según se cuenta, las calles de Londres están llenas de inmensos carteles que dicen en caracteres enormes:

¡PARÍS! ¡¡PARÍS!! ¡!!!PARÍS!!!

“Aviso á los temperamentos linfáticos y á todas las personas á quienes se recomienden aires sanos.

Después de las enormes cantidades de pólvora quemada, después de los terribles incendios de quince días, ninguna ciudad ofrece un aire tan sano, tan puro y tan reparador de la salud como París.”

Si los expedicionarios se ponen buenos y gordos, habrá médico que recete á sus enfermos:

“Récipe. Se quemará un palacio como las Tullerías, y después irá el paciente á pasar una temporada en los alrededores.”

A propósito de petróleo.

Un republicano feroz presentó una hija suya para inscribirse en el Registro civil.

—¿Cómo se ha de llamar? le preguntaron.

—*Petrolina*, contestó impávido.

Y costó mucho trabajo convencerle de que la chica debía llamarse Petronila, y nó *Petrolina*.

En diciendo que el hombre tenga un chico es capaz de ponerle por nombre *Gas Mille*.

En un teatro se acababa de representar una comedia muy mala, pero habiendo llamado al autor los aplaudidores de oficio, salió un actor á decir que la obra era de dos ingenios.

—Me alegro, exclamó un vecino de la butaca inmediata.

—¿Por qué se alegra usted? le pregunté.

—Porque me daba pena pensar que un hombre sólo hubiera sido capaz de escribir tantas necedades.

En *La Constitucion*—¡ay!—me dan ganas de suspirar siempre que me acuerdo de ese periódico.

En *La Constitucion* he visto un anuncio que asegura que el *aceite de bellotas* es inmejorable para vivos y muertos.

La Constitucion dice eso sin duda por su amiga la insurreccion cespedita; pues como está muerta, querrá meterla en aceite de bellotas, de ese que hace crecer el pelo, para que no parezca tan *descabellada*.

¡Buen provechito!

El número 41 de *La Ilustracion de Madrid*, llegado por el último correo á *La Propaganda Literaria*, es una prueba más de que los editores de este interesante periódico quincenal no desmayan en la vía progresiva que inauguraron con esa publicacion y de que no les duelen prendas cuando se trata de servir al público y de poner en relieve los adelantos del arte en nuestra patria. Además de los excelentes artículos que publica en el número de que nos ocupamos, son dignos de especial mencion los magníficos grabados que constituyen su parte ilustrada. Pueden citarse, entre otros, un retrato de la ex-emperatriz de los franceses Eugenia, un precioso cuadro de costumbres del malogrado Valeriano Becquer, la copia del Esopo de Velazquez, un retrato del Sr. Gonzalez Bravo, y la inauguracion de la iglesia de Junqueras (Barcelona).

De esperar es que, en vista de los sacrificios que no escasea la empresa para complacer á sus favorecedores, el público de la Isla le dispense la decidida proteccion á que se hace acreedor un periódico que nada tiene que envidiar á los mejores de su clase.

Dicen todos que el éxito de la compañía de zarzuela ha sido muy frió.

El único que lo niega es el termómetro, que ha medido por arrobas los grados de calor que se sentian en el teatro.

Yo no sé si hubo elogios, pero si los hubo, por fuerza tenian que ser ardientes.

Un andaluz se veia constantemente seguido por un polizonte secreto, cual si fuese su sombra.

De repente un día se paró el andaluz, y encarándose con el polizonte, le dice:

—¿Se llama usted Lúnes?

—Nó: ¿por qué?

—Hombre, como viene usted siempre detrás de mí, y yo me llamo Domingo.

Ocurren á veces en España cosas que me ponen de mal humor.

Figúrense ustedes que en Madrid se ha dado una corrida de toros de aficionados.

Los aficionados eran los toreros, no los toros, ¿comprenden ustedes?

En esa corrida el marqués del Castillo, que era de los *dies-tros*, salió herido.

No me alegro del mal del prójimo, pero casi me atrevo á decir que merecido lo t

Y aquí viene lo bueno. La cabeza del becerro que hirió al *aficionado* ha sido comprada en una crecida suma por cierta incógnita dama, cuyo nombre no ha podido descubrirse.

Y digo yo: ¿para qué querrá esa señora la cabeza del toro? ¿Será para tributar un homenaje de respeto al cuerno que le abrió un boquete en la carne al señor marqués?

Espero que los periódicos madrileños nos digan que la incógnita dama ha hecho embutir en un medallón la cabeza del animalito y lo lleva siempre colgado al cuello.

Es posible!

Cuando á Bembeta se le creía escondido en los maniguales de Cuba, resultó que estaba en Nassau.

Cuando se le creyó en Nassau, ya estaba en Nueva York.

Cuando se le buscó en Nueva York, había tomado el *tole* para Saratoga.

Cuando se le juzgaba en Saratoga, había levantado el vuelo en direccion á París.

Y cuando era prudente considerarlo en París, se presenta en Nueva York.

Bembeta es una calamidad fugitiva, que huye con toda la eléctrica precipitacion que prescribe el arte de correr por el sistema mambí.

Pero de quién huye?

Ah! ya caigo. Después que los voluntarios de Cuba lo obligaron á andar siempre á salto de mata, el pobre mozo no hace otra cosa. Qué tal, lo tomaría á pecho?

Su misma sombra le espanta: por eso, cuando no tiene de quien huir, huye de sí mismo.

Y tiene razon de sobra, porque el maldito es más feo que Quico.

Los anales de las gallerías contarán el domingo 15 del actual con una página más brillante que ninguna de las que hasta el presente guardan: el gran torneo de gallos de navaja que ha de verificarse en ese día en Guanabacoa.

Treinta gallos se lanzan á un tiempo á combatir y los amadrinan treinta señoritas lindísimas de la Villa verde, (no, doña Emilia) de las verdes lomas, que convertirán con su presencia la valla en un paraíso. Acudan, pues, en masa los Adanes, porque el espectáculo que á las doce de ese día se les ofrece, no es fácil que pueda volver á repetirse. La entrada creemos que es á un peso, destinándose su producido á un objeto de beneficencia, de reconocida utilidad, iniciado por el digno gobernador Sr. Campos y Santos.

Están echando el guante á todos los rateros de la Habana, y llevándose los á la Trocha militar.

Pues vamos, yo voy á denunciar á uno, y estoy seguro de que no se toma ninguna medida contra él.

El otro día el mar metió un brazo en la calzada de San Lázaro y se llevó los baños de Romaguera.

¿Me quiere usted decir qué disposiciones ha tomado la policía para prenderlo?

ADVERTENCIAS.

El miércoles de la semana entrante, repartiremos á nuestros suscritores el número que adeudamos, correspondiente al domingo 1.º del corriente.

Con el presente recibirán la hoja número 7 de dibujos con que mensualmente obsequia **JUAN PALOMO** á sus favorecedores.

ANUNCIO.

DISCURSOS PARLAMENTARIOS

DE

Emilio Castelar

EN LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

En corto número se han recibido ejemplares de los discursos íntegros pronunciados en las últimas Cortes Constituyentes por este famoso orador. Las personas que tanto habian deseado adquirirlos, pueden pasar á recogerlos, en el concepto que de no hacerlo en buen término, se dispondrá de ellos á favor de otros interesados en poseerlos. Consta toda la obra de tres tomos en 4.º menor, de unas 350 páginas cada uno, y se vende á TRES PESOS ejemplar, así en la Habana como en el interior, franco de porte.

Los pedidos, acompañados de su importe, á LA PROPAGANDA LITERARIA, O'Reilly, número 54.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria." CALLE DE O'REILLY, NUMERO 54.